

La Espera

10 Noviembre 1917

Año IV.—Núm. 202

ILUSTACION MUNDIAL



SAN ANTONIO ABAD Y SAN PABLO, EL ERMITAÑO, cuadro de Velázquez, que se conserva en el Museo del Prado

DE LA VIDA QUE PASA
EL PARAISO DE LA ALDEA



Casa aldeana en Sellaño (Asturias)

ÁN estás por hacer la novela bucólica asturiana. El George Saínd de Asturias no ha brotado aún, que cante las delicias de la vida rural. Nada importan ensayos aislados, como *La aldea perdida*, de Palacio Valdés, ó anteriormente *El idilio de un enfermo*, del mismo autor, que no son, ni con mucho, las obras primas del genial maestro, y aun yo diría que son quizás las más deficientes. Donde Palacio Valdés ha ejercido su arte exquisito y fino y su humorismo delicado—en nada semejante al acre humorismo de Swift y Sterne—ha sido en el estudio de la vida de los pueblos asturianos, de las villas costeras, tan risueñas y encantadoras—como Cudillero, Villaviciosa, Ribadesella, Luarca, Luanco, Candás, etc.—. (Véase *La Fe, Marta y María, El cuarto poder*, etc.). Otro día tendré ocasión de estudiar muy especialmente el humorismo asturiano como una escuela, iniciada por Palacio Valdés y seguida por otros aventajados discípulos, á propósito de la novela nueva del maestro, *Años de juventud del Doctor Angelico*, que está publicando *La Revista Quincenal*, de Barcelona. No es éste el momento de adoptar un gesto de gravedad crítica y escribir sobre la vasta obra del maestro.

El hecho indudable es que, siendo Asturias un país indicado para que hubiera grandes paisajistas—lo mismo en las letras que en el arte pictórico—, no los ha habido ni en el uno ni en el otro ramo. Nada dicen en contrario casos aislados como el de Teodoro Cuevas, Fresno, Medina, Piñole y algunos otros jóvenes; ni el de novelas descriptivas de Asturias, novelas regionales, localistas, tan pron-

to nacidas como muertas. No hay una escuela de paisaje, como no hay bucólicos, impresionistas descriptivos en literatura, abundando, en cambio, los literatos psicólogos y humoristas.

El primer fenómeno—el de la escasez de pintores—se ha explicado por la poquedad y tenuidad de luz de aquel ambiente. Pero el segundo fenómeno permanece inexplicable. ¿Cómo no ha surgido un grupo de escritores impresionistas en Asturias? Ante la maravilla del paisaje—lo mismo del paisaje de costa que del paisaje de tierra—¿cómo no se han inspirado los literatos nacidos adentro ó criados en aquella región? Claro que hay tentativas aisladas: cuentos tan admirables

de *Clarín* como *Adiós, cordero* y *Borona*; fragmentos de la novela de Juan Ochoa *Los señores de Hermida*; bellísimas páginas en *Tinieblas en las cumbres*, A. M. D. G. y *La pata de la raposa*, de Pérez de Ayala, y algunas novelitas que no han tenido más horizonte que las demarcaciones concejiles en que han sido escritas—como una amena e interesantísima novela de Villalain (*El americanismo de Romadotio*), que es totalmente desconocida fuera de Asturias, y aun me atrevería á decir que fuera de Avilés—, merecen ser admiradas por todos los amantes de las buenas letras españolas.

Y, sin embargo, ¡qué estupendas descripciones de égloga sugiere Asturias á cualquier alma sensible, á todo el que sepa ver el mundo exterior! *Je vois le monde extérieur*, decía con orgullo Teófilo Gautier. ¿Es que no hay nadie en Asturias que lo vea con nitidez y con originalidad? Pues á escribir páginas maravillosas de novelas rurales y qué surja en Asturias el Pereda con más modernidad y una visión más acertada de la vida campesina...

Ahí tenéis ese paraíso aldeano que las dos artísticas ilustraciones de este artículo os muestran. La casa aldeana, con el colmenar al lado, ensombrecida por las frondosas arboledas que la circundan; el riachuelo vadeado por la carreta de bueyes, mientras el aldeano que la guía aguza con la aijada (guiada en bable) á la yunta; el riachuelo cantarín corriendo entre guijarros, donde tantas veces vienen á lavar las mozas de la aldea, cantando dulcísimas y cadenciosas tonadas dialectales...



Una carreta vadeando el río Güeña, en Asturias

FOT. M. SERVERT

Andrés GONZÁLEZ-BLANCO

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



CAMARA-FOTO

SANTA CLARA
Hermoso cuadro de Parmigianino, existente en el Museo Nacional de Nápoles

LA ESFERA

RINCONES MADRILEÑOS



LA PLAZA DEL CARMEN, acuarela original de A. Hübner

MADRIGALES

SIGLO XVIII

—¿Qué es amor?—me pregunta la marquesa
de ojos azules y de boca en flor.
La pregunta me aturde y me embelesa...
¿Qué es amor?

Pero sus ojos claros me han mirado
y algo anormal en sus pupilas vi,
y su cuerpo opulento ha palpitado
junto á mí.

—¿Sabéis lo que es amor?—insiste al oído.
Algo aprendí desde un momento acá,
y á la grata pregunta he respondido:
—No lo sabía, pero lo sé ya.

NO VENDRÁ...

En la paz soñolenta de un café
esperabas, nerviosa... Tu actitud
triste me revelaba no sé qué
angustia y no sé qué inquietud.

“¿No vendrá?”, pensé viendo aquel dolor.
“¿No vendrá?”, te decías tú, quizá.
Y algo extraño, impalpable, en derredor
de nosotros, cantaba: “No vendrá”.

No vino. Cierta ya de su desdén,
te decidiste, trágica, á partir,
y tu pena fué mía, pues también
espero lo que nunca ha de venir.

Germán GÓMEZ DE LA MATA

DIBUJO DE MARÍN



OJERAS

Presumes de indiferente;
pero, aunque ocultarlo quieras,
te está vendiendo el ardiente
morado de tus ojeras,
esas sombras traicioneras
que son un dato e'cciente
de que te abrasan hogueras
mientras tu boca nos miente,
soniente,
frialdades embusteras...

Presumes de indiferente
y te venden tus ojeras.





EL LEÓN TONSURADO

EL mundo latino celebra el recuerdo de aquel fraile franciscano que llenó su siglo de gloria y esfuerzos geniales. Figura ciclopica, no será fácil que las gentes nuevas la comprendan en toda su magnitud. Como no es posible abarcar en una sola ojeada una extensa campiña, sino que hay que irla contemplando parcelariamente, así esta vida, que comenzó en el año de 1436 y se extinguió en el de 1517, ha de ser examinada día a día, porque cada uno de los muchos que duró sobre la tierra el cardenal Jiménez de Cisneros, está lleno de hechos y de ideas, de energía y de pensamiento. Y menos cabe esa visión colosal en la retina de los contemporáneos, que, acostumbrada a no mirar sino lo que, según la frase de Herculano, «cabe en un vidrio de á pulgada», se perdería si intentase recoger en síntesis los ochenta y un años de existencia del que fué clérigo y soldado, reformista de la Iglesia española y conquistador, regente de las Españas y confesor de la Reina Católica, político y sabio, místico y hombre de acción, eremita en el Castañar y soldado en África, una voluntad férrea y una inteligencia asombrosa. Por ser tan varia, tan honda, tan poderosa, tan eficaz en nuestra historia, tan heterogénea la

actividad del fraile-cardenal, se explica que todavía no haya salido de las prensas el estudio que le corresponde. Falta el libro completo de este vivir de lucha, en el que el brío de los hijos de Castilla se alzó a las esferas épicas.

Y no he de intentar yo ahora con la pobreza de mis medios, y en una página de prosa, lo que la cultura de los maestros no ha realizado en la amplitud de sus investigaciones. Notas sueltas, no más, ha de ser lo que hoy escriba, y eso, para servir de marco a las hermosas creaciones evocadoras de Marín.

En pobre casa de Torrelaguna nació, en 1436, de padres hidalgos, sin bienes, quien luego iba a llenar la tierra con su fama. Estudió en Alcalá y en Salamanca, donde se graduó de bachiller en Derecho civil y canónico, y luego, con la protección de un pariente acaudalado, fué a Roma. Allí completó sus estudios teológicos y lingüísticos. Seis años permaneció en la Ciudad Eterna, adquiriendo en ella fama por su aplicación y su talento. Tal vez entonces aprendió lo que España era, lo que debía y podía ser. En aquellos tiempos casi todos los españoles cultos viajaban, permanecían largo tiempo lejos de la Patria y tornaban a ella con luces que ahora faltan a

los que limitan su conocimiento del Extranjero a expediciones de placer, como clientes de una agencia de excursiones.

Este es el primer momento revelador de Cisneros. Sus padres habían muerto; su escasa hacienda se había perdido; su casa solariega estaba en ruinas. El sacerdote que acababa de recibir la unción divina, había merecido el aprecio del Papa, y éste le dió, como viático, una bula y gracia apostólica, por la que se le confería el primer beneficio de cierta congrua que vacara en la archidiócesis de Toledo. Fué éste el arciprestazgo de Uceda. Pero el arzobispo D. Alfonso Carrillo tenía prometida esa plaza a uno de sus familiares, y se negó a dar posesión a Cisneros. El que hasta entonces había parecido débil junco, que se doblaba ante toda obediencia, se reveló como barra de acero, recia y firme. El arzobispo intentó forzar la voluntad del clérigo recién llegado de Roma. Este se mantuvo en su derecho. Y en las contestaciones que se produjeron, el prelado magno de las Españas, que tenía el hábito de la obediencia universal, se halló con un espíritu consciente de sus derechos, decidido a que no fueran atropellados, capaz de toda resistencia. Véase cómo en aquellos días

los obispos hispanos sólo aceptaban la resolución pontificia, si ella no alteraba sus intereses. Fué una crisis del catolicismo, del imperio universal del vicario de Cristo.

El arzobispo encerró á Cisneros en el castillo de Uceda, y luego lo llevó á la Torre de Santoraz. Prisiones, malos tratos, hambre y sed sufrió Cisneros; pero no se doblegó bajo el capricho del prelado. Mantuvióse firme, y no cedió un punto de su derecho. El trajo su nombramiento del pontífice y no aceptaba cosa en contra de la decisión suprema. Al fin el arzobispo Carrillo se convenció de que con tal hombre no valían las amenazas, y supo que el favorecido con la prez papalina era un virtuoso, un modelo de sacerdotes. Acabó por entregárselo lo que le pertenecía. Uno de los familiares del arzobispo Carrillo, el bachiller Donadón, que había conversado con Cisneros para rendirle á la obediencia, dijo á su señor: «—Eso no es un hombre. Es un león. Un león tonsurado». Y esta frase es la que titula mis cuartillas de LA ESFERA. Cinco siglos han pasado desde el día en que el bachiller Donadón pronunció esta frase. Yo la he hallado en viejo libro, y la saco al dominio de los nuevos como ejemplo del acierto del dicente. No he leído cosa alguna que mejor exprese la calidad del cura valeroso, hijo de un hidalgüelo de Torrelaguna, que dió á España la realidad de su vida perdurable y acertó por manera mágica á entender su época y las épocas futuras de este pueblo, en el que entonces mandaba la inquieta belletría y ahora impera la díscola rebelión de los intereses industriales.

Para los amadores de la cultura, el cardenal Cisneros se destaca como autor de la Biblia Políglota, llamada también la Complutense, porque se hizo en Alcalá de Henares. En medio de las contiendas que amargaban, si no es que fortalecían, la vida de Cisneros, él pensó y llevó á cabo esta empresa que aun hoy sería inverosímil, por las dificultades que entraña. Cisneros congregó á los más sabios intérpretes de las viejas lenguas, y allí estuvieron, con pingües dotaciones, Alfonso de Zamora, Alfonso de Alcalá, Pedro Coronel, los hermanos Vergara, Hernán Núñez, apodado en la fama *el Pinciano*; el maestro Nebrija, el cretense Demetrio Ducas y otros sabios. Empeño único y ejemplar. El cardenal—fraile francisco, que cubría su cuerpo con los damascos de su señorío eclesiástico, y llevaba debajo las estameñas del pio fundador de su Orden, derramó el oro para que España tuviera el más alto documento bíblico.

Un día pensó crear en Alcalá de Henares una Universidad, y la creó, imponiéndose al desdén que al Rey Fernando inspiraban estas cosas. Puso en la augusta Cómpluto seis cátedras de latín, cuatro de otras lenguas de la antigüedad y ocho de filosofía. El había dado á España la estirpe intelectual sobre todos los pueblos del mundo civilizado.



Otro día creyó que era preciso acabar con el nido de los aventureros argelinos que robaban las costas españolas. El Rey Fernando no quería. Dijo que Castilla estaba pobre. Cisneros contestó que él daría todo lo necesario á la empresa. Fué jefe de ella el conde Pedro Navarro, soldado valeroso, capitán experimentado, pero lleno de envidias miserables. No quería que la mandara un fraile. El fraile franciscano supo dominar esa sospecha y reducir esa envidia. Orán fué tomada. Y el frailecito, una vez domados los infieles, regresó á España, donde la frialdad temerosa del codicioso soberano le preparaba una caída. Cisneros dominó los odios y las emulaciones. Se impuso valiente y magnífico. Sujeto

todas las ambiciones—él no sentía ninguna—y se vió de nuevo dueño del poder nacional.

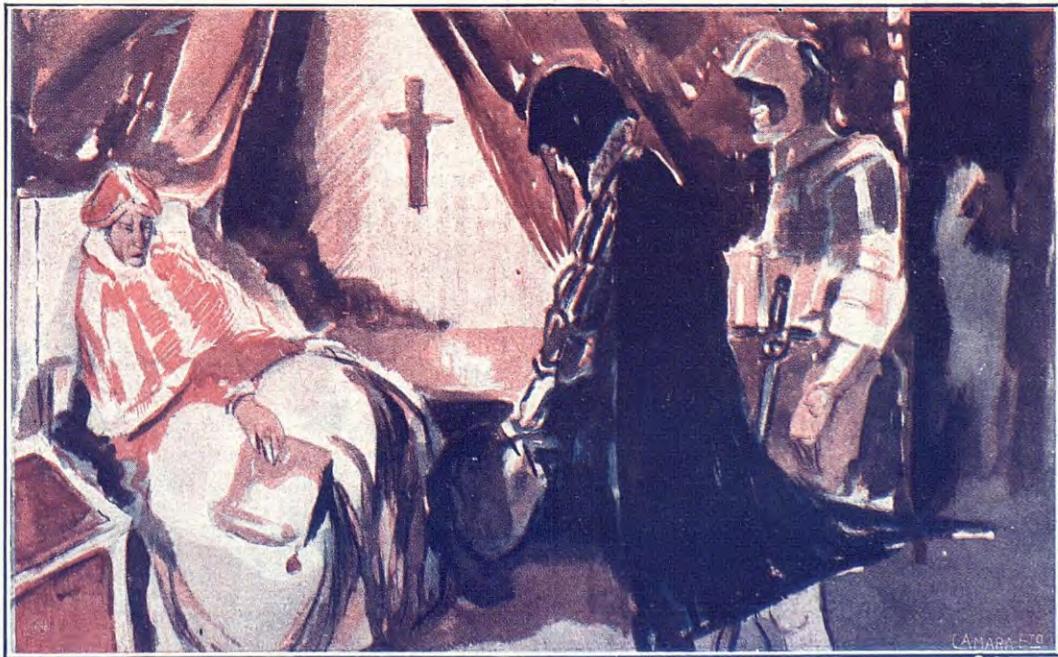
Había muerto la Reina Católica, de la que fué confesor. Había muerto el Rey de Aragón, á quien había dominado. Fué regente, é hizo proclamar Señor de las Españas á Carlos de Gante. Los nobles le requirieron un día para que dijera con qué derecho establecía el nuevo reinado. Y él pronunció la frase famosa, que es la actual en el régimen de todos los pueblos. El almirante de Castilla, el duque del Infantado, el conde de Benavente se reunieron para interrogar al frailecito franciscano sobre los poderes con que gobernaba el reino. Respondió el cardenal que en virtud del testamento de Fernando y del nombramiento de Carlos. Y como no se mostrasen satisfechos, los llevó, por acaso, á un balcón de palacio, y señalándoles la guardia armada que debajo tenía, con algunos cañones, les dijo: «—Eso son mis poderes.»

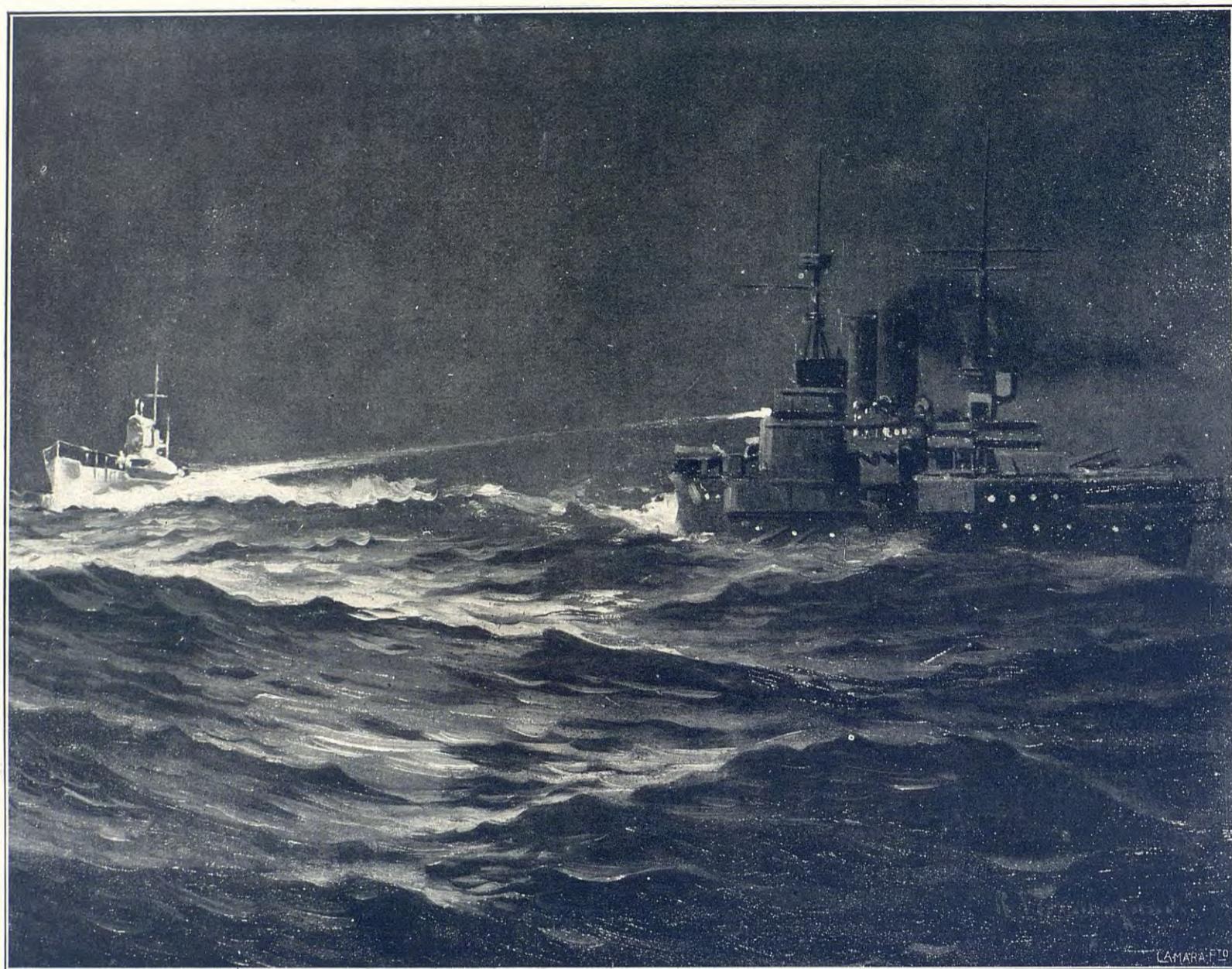
Había unificado la nación que ahora tiende á desmembrarse. Había creado el primer ejército nacional. Había hecho de la religión y de la Patria una forma íntegra y magna... Llegó el nuevo Rey, el díscolo y frío Carlos de Gante. Salió á recibirle por los tristes caminos de Castilla el octogenario cardenal, ya enfermo y claudicante. Y al llegar éste á Roa, vencido de sus dolencias, se halló con una carta del Rey y Emperador que le despachaba, sin otorgarle ni el premio de una comparecencia. En esa carta se le decía que se retirase á su diócesis á descansar de las fatigas de su vida y á esperar del Cielo el premio de sus servicios. No hay en la Historia frase tan acerba, ni tan injusta, ni tan despiadada... De allí á poco murió el cardenal Cisneros, solo, en la tristeza, confortado, sin embargo, con su amor á Dios.

Queda su nombre, queda su obra. Ahora es conmemorada la empresa nacional que realizó. Cuando la ciencia histórica lo disponga, esa figura resurgirá magnífica, y será el nuevo punto de partida de la historia española.

J. ORTEGA MUNILLA

DIBUJOS DE MARÍN





CAMARA FOTO

LA GUERRA SUBMARINA

(Poesía moderna, de actualidad y utópica)

HOY

El mar es como un Argos vigilante...
no son los astros, no, sino las luces
de los «superdreadnoughts»...

Los focos gigantescos que escrutan en la noche.
Los grandes ojos blancos que tienden sus miradas
por senderos de luz...
Por senderos de luz abiertos en la sombra,
rasgando el horizonte y surcando las aguas...
las aguas siempre inquietas, danzando eternamente,
mientras la muerte acecha en el fondo del mar...

La Mar, la gran sirena de voz alucinante...
de mirada anhelante...
de seno jadeante...
de vientre palpitante...
de cola ondulante...

La Mar, la danzarina,
la eterna danzarina que tiene un solo pie
y una única pierna,
larga, larga, infinita...
y un gran velo de olas...

La Mar, la Mar, en fin,
sobre cuyo ancho seno soporta los navíos,
es sierva de la Muerte
y envuelve á los humanos en redes cristalinas.
Ejércitos de peces la ayudan en sus artes,
en sus artes arteras...
y á los grandes navíos,
como á los potros bravos de las lejanas selvas,

á los negros navíos de largas colas blancas,
colas de espuma, y crines flotantes, de vapor...
á los barcos indómitos,
á los buques piafantes,
les tiende el mar el lazo gigante de sus ondas,
como á los potros bravos el gaúcho en el desierto...
¡Bien lo saben las naves, ligeros hipocampos!...
los navíos de guerra indomables y fieros,
que acechan sin cesar...
Pero sus grandes ojos,
sus grandes ojos blancos,
ojos de luz, potentes;
ojos por donde miran todos sus tripulantes...
ojos cuya mirada vale por mil miradas...
por miles de miradas...
por millones...
por todas las miradas de toda una nación...
(Porque los tripulantes tienen, allá en la patria,
almas acongojadas, amigas y fraternas,
de corazón alerta y vigilantes ojos,
que una corriente ignota, óptica y telepática
une en un solo rayo potente y avizor...)
Sus ojos luminosos
no acechan en la sombra la tempestad posible...
¿Qué importan las tormentas á los «superdreadnoughts»?...

Temen á los «cetáceos» de corazón de hombre,
los modernos cetáceos,
los monstruos submarinos, de alma humana,
terror de los anfibios,
más voraces aún que los otros cetáceos...
Son los buzos furtivos...
son los buzos furtivos, cazadores de los «super-
y de los trasatlánticos, /dreadnoughts»

cuyos ojos nocturnos vigilan con espanto
vanamente, en la sombra, inútilmente,
el mar y el horizonte...
Las aves y los peces de alma humana
los acechan y acosan sin tregua,
astutamente,
¡cazadores furtivos de los «superdreadnoughts»!...

MAÑANA

Y cuando llegue el día...
Y cuando llegue el día en que los «dreadnoughts»
y los barcos mercantes, futuros «Deutschland»,
dejen la superficie, por rutas submarinas,
y todos sumergibles
naden, como los peces, por debajo del mar?...
Cuando todos los barcos vayan entre dos aguas
y el seno de los mares, lleno de nuevos peces
de inteligencia humana y humano corazón,
sea el mundo habitable para el nauta futuro...
Cuando llegue ese día y estallen nuevas guerras,
¿cómo será la lucha?...
Habrá, sin duda, topos en el fondo del mar,
dentro del mismo cielo...
¿«Calamares» humanos despedirán su tinta
de materia asfixiante?
¡Tú tienes la palabra, fantasía de Wells!...

Goy DE SILVA

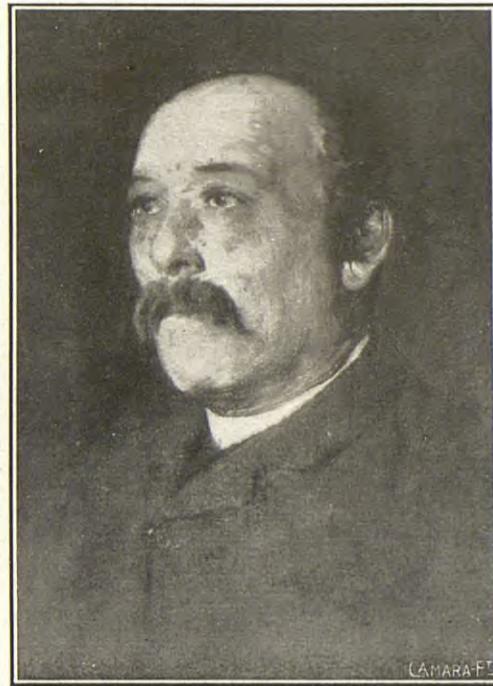
Madrid, 1917.

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

Los artistas valencianos al maestro Ignacio Pinazo



Retrato del pintor Richard

Retrato del ilustre poeta valencianista Constantino Llombart
(Cuadros donados por la familia Pinazo al Círculo de Bellas Artes de Valencia)

Retrato de D. Carmelo Lacal

HACE sólo unos meses, el Círculo de Bellas Artes de Valencia acordó rendir al gran pintor valenciano el perdurable homenaje de un modesto monumento. Se abrió un concurso de proyectos y fué premiado el que firmaba el notable escultor Vicente Navarro.

Este, ligado al ilustre pintor español con los lazos más íntimos de admiración y cariño, no ha demorado el encargo que le confiaron sus paisanos, y por ello podemos ofrecer á los lectores de *LA ESFERA* una copia fotográfica de la reproducción en yeso de la estatua que coronará el monumento.

Vicente Navarro presenta á Pinazo en una de sus características más interesantes, cuando con la libreta de apuntes, sentado en un banco de nuestros paseos más íntimos, sorprendía los movimientos de los niños al correr tras el aro, ó la tranquila pose de los viejos que, bajo las acacias, rememoran, á la vista de los juegos infantiles, aquella edad tan feliz. El monumento va á ser colocado precisamente en uno de aquellos jardines que florecen en los rincones de la ciudad vieja, muy tranquilos, mas llenos de un encanto emocionante. Sobre uno de los bancos del jardincillo aparece la genial figura del maestro, vuelta su cabeza hacia el grupo que interesaba su retina y presto á trazar sus rápidos y rafaelescos rasgos.

Navarro, al envolver la figura del maestro en los pliegues de los amplios hábitos de la blusa de trabajo, tuvo un gran acierto: evitó el distraer con los detalles de la vulgar indumentaria moderna el supremo interés de la figura, que está resuelta admirablemente en la cabeza, en su expresión intensa, evocación feliz del alma del gran artista, sin que por ello dejara de conseguir—lo buscó seguramente—que aquella cabeza fuera un retrato.

El acierto de Navarro ha sido grande, y por ello le felicitamos y nos felicitamos, pues su atrevimiento en estos tiempos en que todavía vemos á escultores—no muy viejos por cierto—plantar las figuras vestidas con la vulgar chaqueta ó rígida levita, dejando sobre un banco el sombrero de copa y manteniendo en sus manos el bastón recién salido de la tienda, será óptimo en resultados, pues rectificará los errores de mal gusto que supone la falta de discreción artística que ha presidido á la realización de varios monumentos.

Vicente Navarro está trabajando en el mármol, y tal vez no termine el año sin que el monumento esté levantado; y en los jardincillos de la Audiencia, sobre lo que fué solar de la antigua Casa de la Ciudad, y al lado del grandioso edificio donde funcionaron las Cortes de la nación valenciana, se elevará la figura venerable e interesantísima del gran pintor valenciano, para honra del Círculo de Bellas Artes, que así cumple con

los deberes que le impone la responsabilidad de albergar en su seno la mayor parte de los artistas de esta tierra.

■■■

Hace unos días, los hijos del maestro, José e Ignacio, por encargo de su madre, visitaron el Círculo e hicieron entrega—al conservador del mismo y notabilísimo aficionado D. José María Roig—de una importante donación de obras de Pinazo.

El donativo ha tenido importancia, no sólo por el número, sino por la calidad de las obras cedidas con tan alto desprendimiento, y estimamos un deber reproducir algunas de ellas, tanto por con ello hacer patente aquél, como porque no son conocidas, y porque algunas de ellas tienen gran valor artístico.

Los retratos de Richard, pintor valenciano que vivió largos años en Roma, y que no hace mucho ha muerto en uno de los rincones de nuestra provincia, y el del gran poeta valenciano Constantino Llombart, son obras de distinto carácter, pero que ofrecen gran interés. La primera es una muestra de la brillantez de colorido del maestro, y la segunda un alarde de técnica sorprendente, pues á través de las gafas negras, se ve la mirada incisiva de aquél gran hombre, cuya modestia fué tan proverbial como su talento e inspiración.

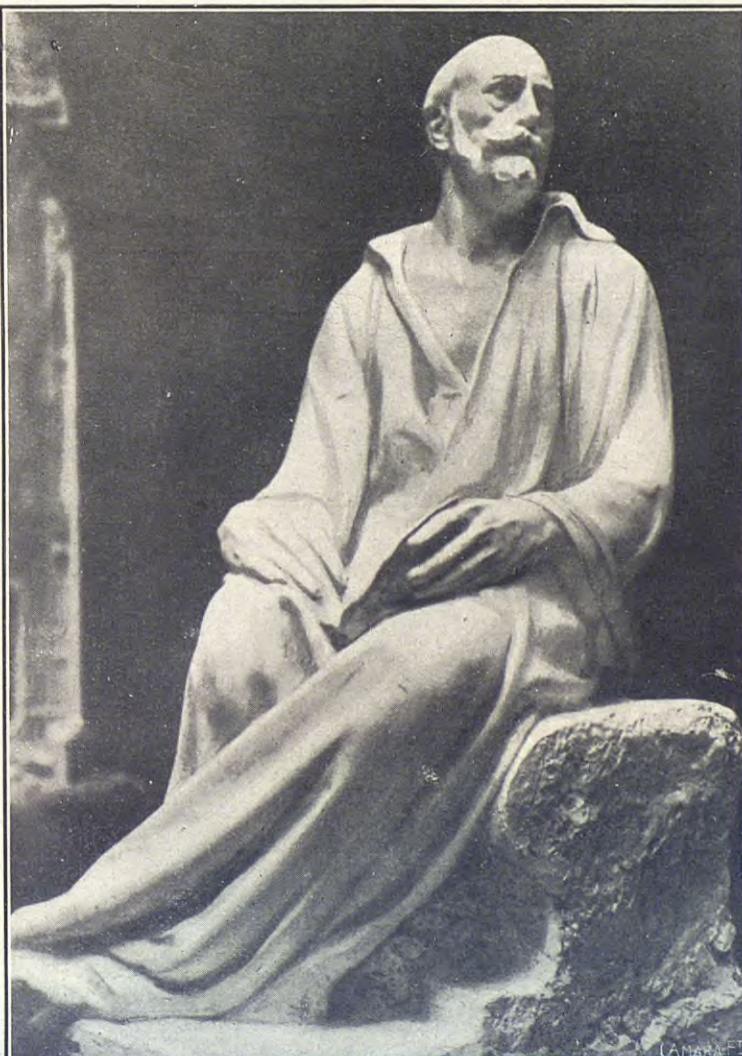
A la puerta de la alquería es un boceto interesantísimo, cuyo grupo de labradoras se adivina en el fondo, viéndose en primer término el piso esmaltado con las manchas de luz vivísimas que los pámpanos esmeraldinos de la parra dejan pasar por entre su complicado ramaje.

También hemos visto buen número de dibujos, todos preciosos, y una tablita del sitio donde el monumento va á elevarse, lindo apunte ejecutado con la peculiar técnica del maestro.

La obra más importante de la donación es el retrato de Carmelo Lacal.

Es este retrato una muestra de las excepcionales condiciones coloristas de Pinazo. No aventaja á este retrato ninguna obra de los más célebres retratistas ingleses y norteamericanos. Tiene su paternidad en Velázquez; á tal extremo llega en verismo y en técnica. Diputamos este retrato como una verdadera joya, que el Círculo debe colocar en lugar preferente.

J. MANÁUT NOGUÉS



Reproducción en yeso de la estatua del ilustre pintor Pinazo, destinada al monumento que á sus costas erige el Círculo de Bellas Artes de Valencia, y obra del escultor Vicente Navarro. FOTS. GÓMEZ DURÁN Y VIDAL

CUENTOS DE "LA ESFERA"



Macías, "El Enamorado"

En tanto que Macías hablaba, refiriéndome cómo había ingresado al servicio del Estado y cómo la amistad de algún ministro y el correr de los años le habían ascendido hasta la categoría de jefe de Administración, que en la actualidad disfrutaba, yo revivía imaginativamente, aquellas lejanas veladas del Universal, donde nos reuníamos hasta una docena de muchachos, escritores, empleados, artistas, gentes todas desarraigadas y celibatarias, que por habitar en sórdidos hostales, sentíamos gran complacencia en acudir á aquel café, sosegado y céntrico, para charlar amenamente de literatura, de política y demás temas propicios á la bella y deliciosa pérdida del tiempo, que era entonces, y sigue siendo hoy, precepto de observancia rigurosa, para todo buen español.

Evocaba á Macías cepillado y pulido; el pelo negro, peinado cuidadosamente, las uñas relucientes y todo él en actitud de eterna adoración hacia cuantas mujeres pasasen á su alcance, siempre que fueran solteras y sin novio. Macías había sido en su mocedad un verdadero Don Juan, tan caprichoso y tornadizo como él, tan falto de capacidad afectiva como el propio burlador de Sevilla; pero Macías, yo lo recuerdo bien, era un Tenorio absolutamente moral e inofensivo. Puedo asegurar, sin temor á engañarme, que jamás había cruzado por la mente de mi amigo la pecaadora idea de burlar á marido alguno, y ni siquiera se le ocurrió jamás procurar la preterición de un novio afortunado. Su desinterés era

absoluto. Entre las infinitas novias que yo le conocí, apenas si podría encontrarse una medianamente acomodada. Amaba con preferencia á las modestas burguesitas que acuden á los cafés, con sus madres, en las tediosas tardes del domingo madrileño. ¡Oh, el café, en las tardes dominicares! Allí nacieron casi todas las tornátilles pasiones de mi amigo. Bastábale divisar una muchacha cuyo aspecto demostrase soltería y honestidad, para que el bueno de Macías iniciase eso que hoy se llama un *flirt*. Y, si, como solía ocurrir frecuentemente, eran varias las mujercitas que de tal condición se encontraban en el local, Macías revistábalas parsimoniosamente, é influído de un pésimo gusto, indefectiblemente concluía por dedicar sus miradas á la más feúcha, á la más cursi. Tuvo novias anémicas, enfermizas... ¡Ah!, y cuidado con interrumpirle en su contemplativo deliquio; si por acaso le dirigíamos alguna pregunta, respondíanos con tal desabrimiento, que no dejaba lugar á dudas acerca del enojo que nuestras interrupciones le causaban.

Una noche desaparecía del café y no le volvíamos á ver en una temporada. Macías tenía otra novia. Alguna vez nos le tropezábamos en la calle, acompañando á la elegida, ó le encontrábamos al pie de una ventana, enredado en amoroso coloquio. Por fin reaparecía en la tertulia, y en vano pretendíamos conseguir noticias de sus amores; repetíamos, invariablemente: —Lo hemos tenido que dejar, por muchas circunstancias—. Estas muchas circunstancias permanecían

siempre, para nosotros, en el más hermético de los misterios.

Luego disfrutábamos la compañía de nuestro amigo durante varios días; pero Macías no podía dejar transcurrir mucho tiempo sin iniciar un nuevo galanteo, tan absurdo como el anterior. Sin embargo, fué siempre tan considerado con sus víctimas, que jamás gozó ultrajando á la preterida, con la presencia de la nueva amada. Así, unas veces tenía la novia en el barrio de Pozas, otras buscábala camino de Carabanchel. Paseaba su inocente donjuanismo de un extremo á otro de Madrid, y todo ello por evitar encuentros desagradables, los cuales, si por azar llegaban á verificar, aseguraba, muy serio, que le proporcionaban tremenda pesadumbre.

Todas estas facecias iba yo recordando, cuando, al llegar á lo alto de la calle de Carretas, Macías se detuvo, tendióme su mano y me ofreció su casa: un cuarto modesto, en cierta pensión de viajeros, donde residía desde sus tiempos de estudiante.

—Pero, ¿cómo? ¿Aún vives aquí? ¿Si yo te imaginaba casado y hasta te iba á preguntar cuántos hijos tenías?

Mi amigo se limitó á responderme, con un gesto vago y melancólico. La vida de aquel hombre comenzaba á interesarme.

—¡Bien, hombre! ¿Conque entre tantísima novia como has tenido, ninguna consiguió apartarte? Exigentillo debes ser.

—No es que sea exigente—me dijo, y luego

LA ESPERA

cambiando de tono, como si desease hacer punto en aquel tema, que no parecía agradarle, añadió:—Soy un poco raro, ¿sabes?

Semejante respuesta acució aún más la curiosidad que ya sentía por desentrañar el misterio de Macías. Indudablemente, en la vida de aquel hombre existía algún drama ignorado. Uniendo el recuerdo de sus excentricidades con el gesto melancólico de aquel instante, sospechó que alguna de esas tragedias íntimas, que bastan para envenenar una existencia, ensombrecía la de mi amigo; y como yo, si bien jamás me he atrevido á afirmar, como Sthendal, que fuese un observador del corazón humano, sentí siempre una gran afición hacia tan encumbrado empleo de la inteligencia, resolví apoderarme de aquel secreto á todo trance.

••••

Alabando la limpidez del cielo, la tibieza del ambiente primaveral, invocando nuestra vieja camaradería y los muchos años que permanecimos alejados, conseguí disuadir á mi amigo de su propósito de recogerse, y fuimos avanzando, lentamente, hacia el paseo de Rosales.

En nuestra caminata no abandoné un instante el tema que me interesaba. Por fin, ya casi feneada la tarde, en esa hora confidencial en que las novias se levantan frente á sus amadores, con un gesto temeroso, pretendiendo abandonar aquellos bancos tan propicios, vi á Macías ganado por el encanto fugitivo del momento. Esquivando la interrogación continua de mis ojos, lanzó su vista por el verdor lejano de la Casa de Campo, fijóse luego en la mole blanquecina de Palacio, dejó resbalar sus pupilas sobre los exigüos cristales del Manzanares, incendiados á la sazón por la agonía solar, y me habló. Con reposo de confesión me expuso el motivo de aquellos absurdos amoríos, advirtiéndome que yo era el único á quien descubriera su religión, su chifladura ó como tuviese á bien calificarla.

Oídme, que voy á repetiros casi las mismas palabras que pronunció aquel buen hombre, á quien sus galanteos valieron, como á su homónimo el famoso poeta castellano, el remoquete de «El Enamorado».

—Yo, amigo mío—comenzó diciendo—, soy un maníático, un chiflado, lo que tú quieras; pero es el caso, que no he podido nunca ser de otro modo. Respecto del amor, he profesado siempre

una teoría que á ti, seguramente, se te antojará extravagante. El amor, tal como lo entendéis la mayoría de los hombres—hablo siempre del amor verdad, en su más amplio sentido espiritual—, es un sentimiento absolutamente exclusivista. El hombre, aun el más digno, dedica su vida á hacer feliz á una mujer, y esto me parecería muy bien, si hubiese un hombre para cada mujer. Pero como muchos de nosotros, por egoísmo, por miedo á soportar las cargas familiares ó por lo que sea, desertamos del deber de amar, y preferimos consolarnos de ello mediante fáciles trápicos egoístas, que á nada comprometen, resulta que existen una porción de mujercitas encantadoras, deliciosas, honestas y amables, que se ven, por obra de su pobreza, ó de su fealdad, ó de su mala estrella, víctimas del desvío masculino. Son todas las hijas de la pequeña clase media, que por no haber amado nunca, forman, con el andar del tiempo, la melancólica legión de las solteronas, agrias é irascibles, cuya única misión en este mundo, es la de servir de elemento grotesco en novelas y en piececillas de teatro.

Pues bien, amigo mío, yo hubiese querido sonar un día el más formidable de los clarines, convocar á todos los hombres y persuadirlos de la necesidad de amar, de verdad, jeh!, á una mujer. Pero, claro es que semejante ensueño era de imposible realización, y entonces, ¿qué hice?, pues oficiar yo de agente supletorio. La presencia de una nena modesta y sin novio, me ha producido siempre tal impresión de melancolía, que jamás he resistido al deseo de hacerla el amor por caridad, créeme. La mujer se consuela de que su novio se muera, ó la abandone, ó se vea imposibilitado de llegar á casarse con ella. Pero de lo que una mujer no se consuela jamás, es de no haber tropezado en su vida con un hombre que haya sido capaz de amarla ó de fingirle amor. El caso es que ella se sepa codiciable. Despues, si el desengaño llega, se acudirá á mil razones para justificarlo. Basta haber sido amada alguna vez. Este dolor de las mujeres sin amor, lo he sentido con tal violencia, que ya sabes lo que me ha ocurrido siempre; yo estaba en relaciones con una muchacha, durante un espacio determinado de tiempo, siempre poco, un par de meses á lo sumo. ¿Por qué? Porque apenas descubría otra huérfana del amor, mi caridad me vencía, induciéndome en seguida á enamorarla. ¿Ves, como soy un loco?

—No, querido Macías: eres un hombre de una sensibilidad exquisita; tu confesión me emociona, prosigue — contesté. Y mi amigo reanudó su charla, de esta suerte:

—Estoy tan convencido de que he hecho bien, tan persuadido de que la mujer necesita, antes y por encima de todo, del amor, que desearía reencarnar en cien vidas distintas, para repetir lo mismo. Créeme: todas esas pobres mujeres en quienes alenté una esperanza, á quienes convení de que eran bonitas, de que eran atractivas, hoy las que se hayan casado no se acordarán de mí, naturalmente; pero las otras, las olvidadas, joh, esas!, no te quepa duda de que me guardan eterno agradecimiento y, además, me han perdonado, porque yo he tenido siempre la habilidad de dejarlas en forma decorosa; unas veces fingía un viaje larguísimo, otras veces me trasladaba el Gobierno á un lugar lejano, y otras era necesario que atendiese á mis hermanas, pobres y modestas, también. En fin, siempre encontraba un expediente para convencerlas de que no era yo el que las abandonaba, sino la vida, la fatalidad, que se interponía entre nosotros.

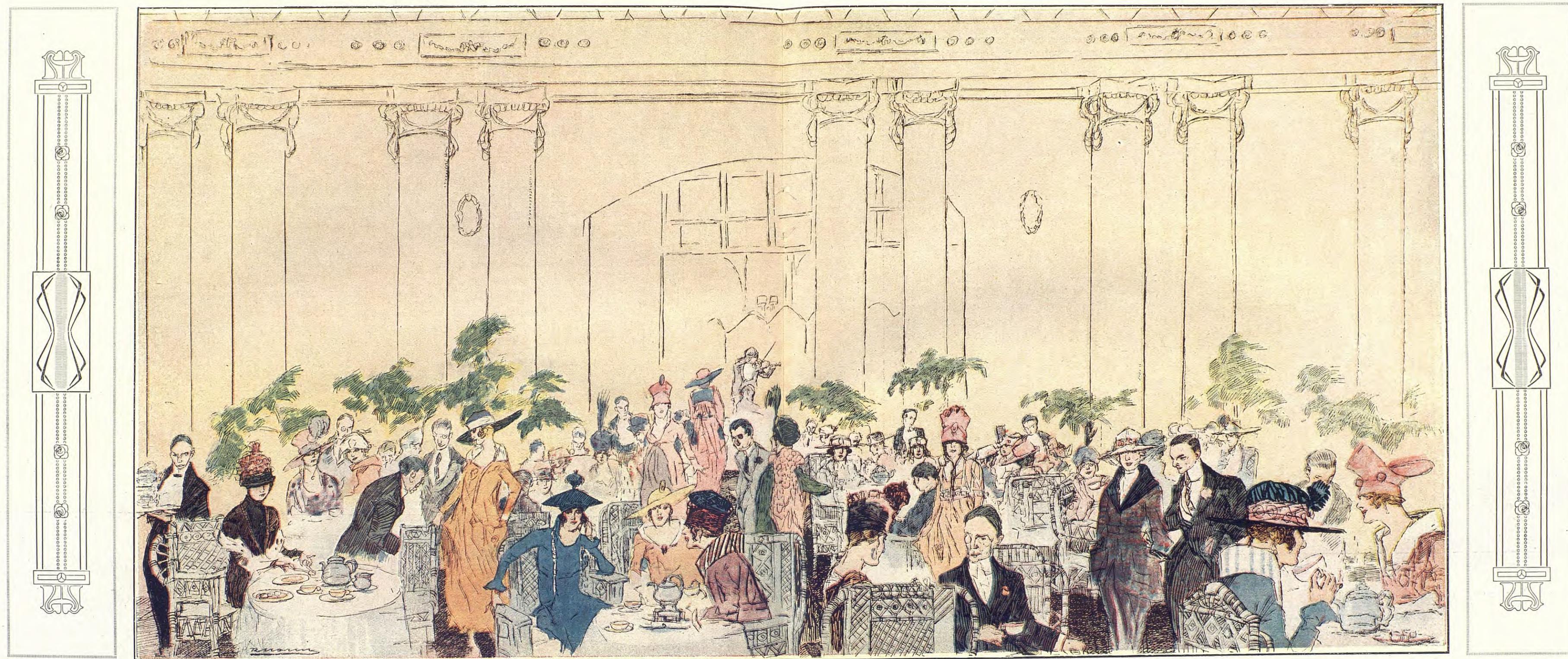
Este es mi secreto, y en esto, que te parecerá una bagatela, he empleado toda mi vida y aun hoy...

—¿Aún hoy?—no pude menos de interrumpirle.

—Sí, hijo, sí, hoy despierto ilusiones, no en corazones jóvenes: eso no podría ser. Las muchachas que me admitiesen hoy, en calidad de novio, tendrían que ser unas resignadas que atendieran más á mis 30.000 reales de sueldo, que á mi corazón y á mi persona, y eso no sería amor. Hoy inspiro pasiones en alguna de esas infelices, que calificamos despectivamente de solteronas, como si fuera un crimen no haber tenido quien las llevase á la Vicaría. Desengáñate, el corazón necesita el amor á los veinte años, y si éste no llega, el corazón se detiene y espera, espera siempre, y aunque esta envoltura deleznable se vaya agotando y consumiendo, el corazón sigue esperando. He ahí por qué nos parecen ridículas las pobres solteronas, por ese desequilibrio, esa falta de armonía entre las frentes arrugadas, las caderas deformes y el pobre corazón que se durmió á los veinte años.

ARMANDO DE LAS ALAS PUMARIÑO
DIBUJOS DE PENAGOS





Aspecto de la rotonda del Palace Hotel, de Madrid, á la hora del té

DIBUJO DE R. MARÍN

El decorado es de una elegancia frívola y alegre, tal vez un poco banal; una elegancia de escenografía de opereta. Una rotonda; columnas de mármol de colores con racimos de oro que penden en los capiteles; altísima bóveda con vidrieras de colores; mucha luz, tal vez demasiada luz; una luz indiscreta para los imperfectos maquillajes de las damas españolas. En un lado los *tzigüenes* tocan, de una manera teatral, las danzas de moda. Criados casi estilées van de un lado para otro sirviendo el té.

Mucha gente en el Palace-Hotel; *toilettes casi* extraordinarias (no sé por qué, pero hay un *casi* fatal en todas las cosas, en todas menos en la belleza de las mujeres—las hay guapas del todo—); hace mucho calor; *gigolos*, antes de que nos volviésemos cosmopolitas se les llamaba sencillamente sitemesinos, fuman *kedives*; alguna mujercita, de paso en Madrid, se atreve con un *setos-amber*, no sin recibir la eléctrica descarga de la mirada reprochadora de una matrona cuya severidad—remontémonos á las fuentes anímicas de los hechos humanos—nace de un secreto despecho por no haberlo hecho ella veinte años después... La mujercita viste un traje delicioso—término modisteril—: un camisón de paño de plata ornado de amplio zócalo de *renard gris*; al cuello unas pieles y un hilo fabuloso de perlas; la cabellera heno y el rostro de nácar semivelados en la sombra de un sombrero de negro terciopelo que le entra hasta el cogote; la matrona acreditó el ensañamiento de sus enemigos—¡quién sino sus enemigos puede vestirle así!—con un traje de terciopelo chocolate, con adornos de gato amarillo y un sombrero con plumas tabaco, caído hacia el cogote, mas un hilo de perlas también fabuloso, pero ahora por lo falso. Hay aún otras mujercitas, frágiles como muñequillas, que toman té con limón, para no engordar; fuman pitillos, lucen túnicas deliciosas creadas por la Chanell—túnica de leves terciopelos malfas, grises, azules, adornados de marta, de *renard* y de chinchilla—y hablan de filosofía. Hay

también más damas gordas, protervamente vestidas, devorando á siete pasteles por barba (alguna la tiene corrida), y que hablan de la carestía de las subsistencias.

Algunas elegantes españolas de las que no se prodigan, sobrias, más que *chics*, elegantes, vestidas por Worth, por Drecoll ó por Bechoff; nenas bonitas con aires ingenuos de Minies llenas de ensueños y de curiosidades. Unas son rubias, con ojos grandes y luminosos; otras morenas, con pupilas de petenera. De vez en cuando, allá á lo lejos, se ve subir la escalera á una belldad estrepitosa que vacila un momento y luego, como aterrada por el aura de honorabilidad que sale del té de moda, se refugia en el *bar* (en el *american-bar*, Gregorito, Carlos, Rafael, Fernando, Enrique, Bob y Nino, beben *bronzos*, *cocktails*, *flips*, *sours*, *coblers*, *fizzs*, *longs-drinks*).

Tinita acaba de desplomarse sobre una butaqua de mimbre, que cruce—pese al régimen, la dama pesa setenta y ocho kilos—; se abre el amplia capa de terciopelo violeta con martas zibelines—áun Chanell—; agita la cabeza, toda abrumada de plumas; toca el hilo de perlas para cerciorarse de que están allí y de que nadie podrá contrastar su falsedad hipérbólica y proverbial; se quita uno de los guantes *velázquez*, y suspira con voz que le hubiese enviudado Jeremías:

—París ya no es París!

Los del grupo creen de circunstancias poner una cara muy compungida. Lo integran, á más de la viajera de retorno de la ciudad luminosa, Lina Monreal, que sostiene su belleza con andamios; la baronesa viuda de Benidor, agria y fea, pero persona *bien*; Julio Calabrés y el conde de Urdán, anciano caballero que, según Paca Campanada, vió poner la primera piedra á la torre de Babel. Tinita habla:

—Ah, París de su vida! ¡La horrible guerra se lo ha cambiado! Aquello ya no

es París. ¡Querrán creer que para bailar el tango tuvieron que bajar á una cueva por una escala de cuerda, como si estuviesen haciendo alpinismo!

No la creen, y, á decir verdad, hacen bien, pues la dama exagera mucho para dar interés á las cosas. Es, sin embargo, verdad que ha tenido un desengaño. Con deliciosa inconsciencia ha ido allí, creyendo de buena fe que un pueblo castigado por la guerra no tiene otra cosa que hacer que preparar *toilettes* y diversiones para los que van allí á estorbar. Por grande que sea el estoicismo de una nación, y por heroico que sea su temple de alma, y lo es mucho el francés, eso es imposible, y, claro, la dama se considera defraudada.

—Figúrense ustedes que no se ven sino lisados, enlutados y enfermeras!

Evocaron todos el divino París de antes de la guerra, la ciudad encantada de placer y amor, de frivolidad y elegancia. Los té del Ritz, del Careton, del Colombine, del Recamier, del Rumpelmeyer; las tardes del Madrid, del Pré Catalán, del Armenonville; recordaron la vuelta de las carreras, las noches en los teatros, las cenas de Cyro's, los grandes duques, las princesas de guardarropía, los condes de un Gotha imaginario. Otra vez la vida varía y brillante se apodera de su conversar y eran las nostalgias de los bailes persas y de las elegancias del Minarete y también, en fin, aquellas correrías por los barrios sospechosos, la *tournée du grand Due*, en que, vestidas de encajes, arrebatadas en pieles y ostentando una fortuna en perlas, corrían los *halles* y visitaban los *cabarets* y apaches—*Le Caveaux des Innocents*, *Barat*, *L'Ange Gabriel*—en busca del escafotío, pero cerciorándose antes de que no había peligro ninguno.

La orquesta ahora toca en el gran salón de baile; las nenas frágiles y los muchachitos bailan el *one-step*, y las mamás critican burguesas y aburridas. Tinita exclama:

—¡Dios mío! ¡Natiuska, la danzarina, con Rob, el *boxeur*!

Tinita se asombra cuál si se tratará de una inundación ó una lluvia de fuego.

—¿Cómo habrán sobrevivido?—Y Julio irónico:

—¡Bah, habrá pasado como cuando el arca de Noe! ¡Dios habrá perdonado á los animales de cada especie!

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DAÑOS DE LA GUERRA
LA CONQUISTA DEL SAHARA



Un mar de arena, en el Sahara

Lo peor de la guerra—ha escrito un cronista francés con certero juicio—es que ha interrumpido el más firme, el más osado, el más valiente, el más noble de los esfuerzos en que la civilización andaba metida: la conquista y la dominación material del Sahara.

Un amigo mío, viajero infatigable, viajero de tal suerte y de tal temperamento, que, cuando está quedo en casa, se rodea de mapas, de itinerarios y de planos, de guías y de monografías, de fotografías y grabados, y recorre con los ojos y con la imaginación los países que no conoce aún ó recuerda los que ya vió, me señalaba hace pocos días la importancia de esa observación del cronista francés.

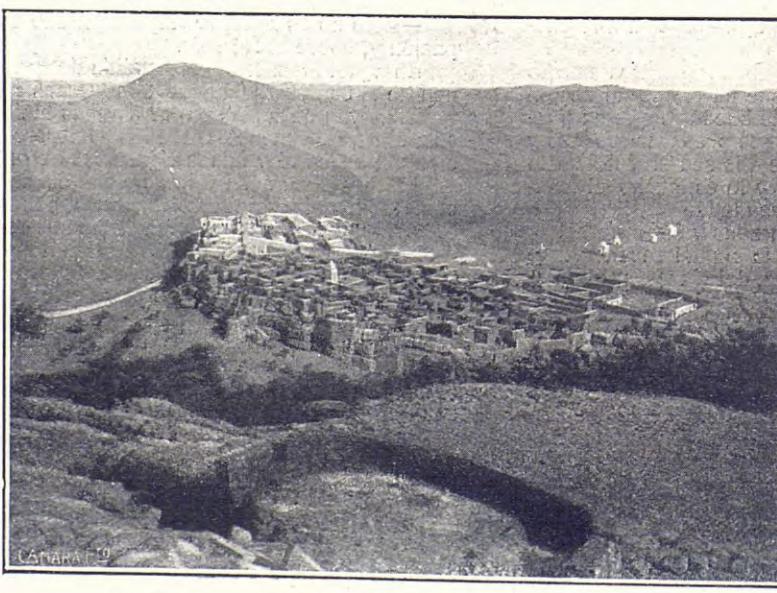
—Nadie tiene idea de cómo es el tremendo y espantable mar de arena que interrumpe el paso entre el norte y el centro de África, ni nadie se imagina qué heroica empresa es la de llevar la vida europea á través de su suelo móvil, bajo su sol implacable, en su atmósfera enrarecida, frente al Misterio y frente á la Muerte. Francia había logrado llegar hasta la fantástica ciudad de Igli, á la que curiosamente se da el nombre de puerto, y realmente lo fuera si las olas de arena se trocassen en olas de agua. Nada da idea del valor humano, como la construcción de esta ciudad, cada día en peligro de quedar enterrada, poniendo por único dique al océano dorado, que el sol implacable calcina y pulveriza, una débil muralla de tierra mal cocida. Francia había logrado

llevar el telégrafo hasta el torrente Susfana, en el país de los tuaregs, y se planeaba avanzar de oasis en oasis hasta cruzar el Sahara entero, y salir al Sudán, donde la tierra es fértil y el agua corre en ríos fecundos. Hubiese bastado un esfuerzo de Italia en la tierra tripolitana para que el arenal inmenso hubiese sido vencido.

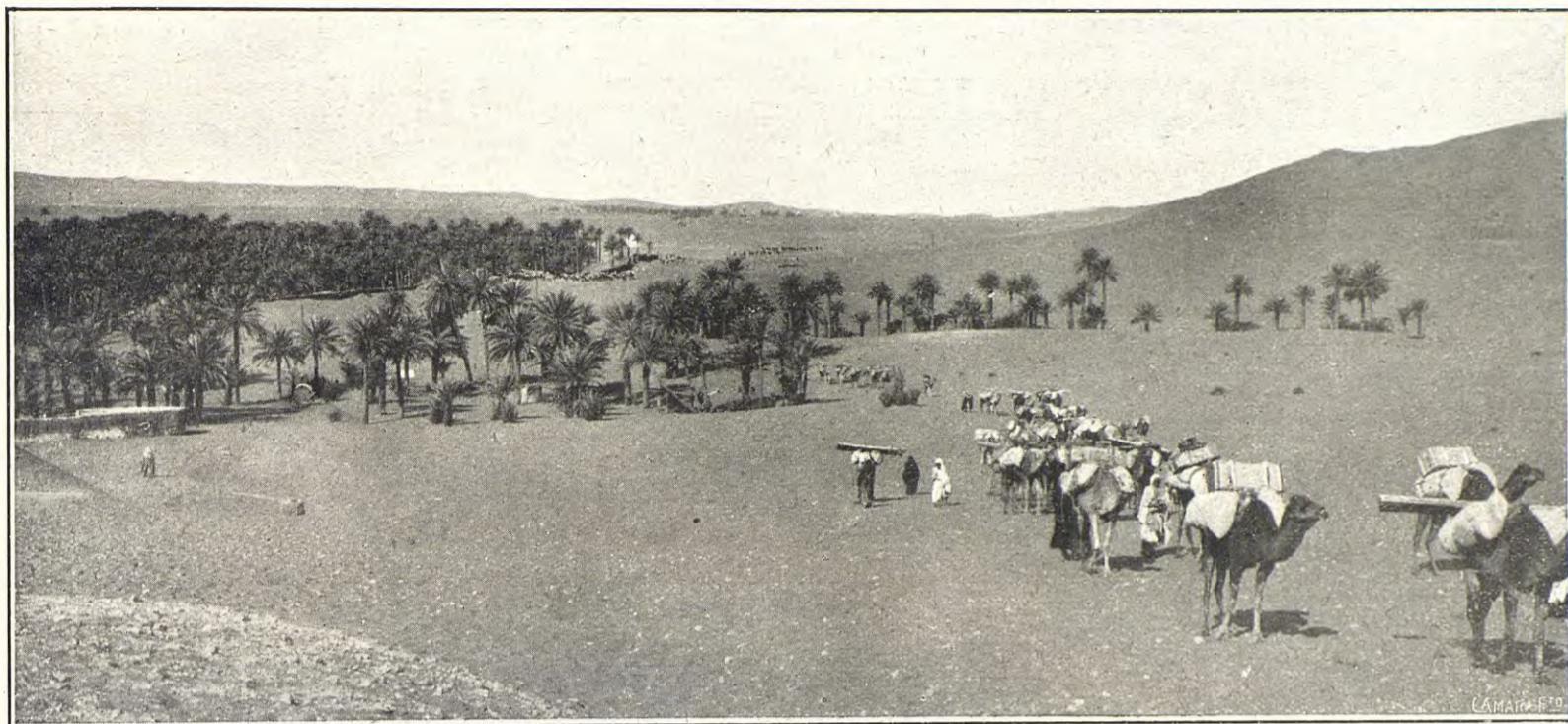
¿Se tiene idea de cómo ha podido realizarse esta obra de civilización? Jamás continente alguno ha resistido á la invasión de razas superio-

res como ha resistido África. El suelo y el clima, los hombres y las fieras han defendido y defienden todavía, más que su independencia, la inacción de los hombres blancos, con su sentido de la vida de inquietudes, afanes y trabajos. La lucha de Francia en Argelia, larga, penosa, dura, no tiene importancia en realidad; fué una lucha como tantas otras de invasión ó de explotación; con la fácil comunicación del mar á la espalda, con la posibilidad de ir abriendo caminos y trazando ferrocarriles, con la tierra fértil, con bosques y manantiales; pero al llegar á la región de los tuaregs, todo ello cambia. No hay árboles, no hay fuentes, el suelo es de arena movediza. La atmósfera se enrarece de tal modo, que los soldados europeos no pueden respirar, y caen al suelo, heridos por la congestión incurable. Enfrente, el mar de arena, con sus ruidos misteriosos que espantan, como la amenaza de un dios desconocido. Al llegar la noche, en derredor de los campamentos rondan unos fulgores siniestros: son los ojos de las fieras, y todo un espantable concierto de ruidos que el europeo no conoce, amedrenta el ánimo más fuerte.

—Dónde volver la vista, buscando el estímulo de una energía amiga? He aquí los hombres: son los tuaregs. Vestidos de negro, llevan el rostro cubierto por una larga careta. Como á las hienas y á los leopardo y á las panteras durante la noche, no se les ven más que los ojos, y tienen el mismo fulgor si-



Puerto y "Ksar" de Igli



Una caravana en el desierto, entrando en un oasis

nistro de los ojos de las fieras. Son crueles, son traicioneros.

Con esta hostilidad de la Naturaleza y de los hombres ha ido Francia á la conquista del Sahara. Obra de siglos; empresa de titanes más que la de amontonar montañas sobre montañas para escalar el cielo, era preciso realizarla palmo á palmo. Durante el día las tropas que avanzaban instalaban á todo correr unos casetones de madera y de acero, y antes de que el sol se ocultase, quedaba allí encerrado un grupo de bravos soldados. Apenas en sombras, era preciso comenzar el tiroteo para impedir que los hombres se acercasen y para ahuyentar á las fieras, que llegaban á hacer desgarres en la madera con sus uñas. A la mañana siguiente, las tropas retiradas el día anterior, volvían de nuevo é instalaban una segunda caseta, y así en días sucesivos, hasta cuatro. Luego se traían los materiales de construcción, y en el centro de las cuatro casetas provisionales se iba alzando un fuerte castillete, con su ancho foso, con sus bien resguardadas aspilleras, con su templete para las ametralladoras y los cañones, con su profunda cueva para abarrotarla de municiones, con sótanos extensos para proveerlos bien de víveres... Y cada noche había que defender á tiros la obra

que se iba construyendo, y durante el día había que vigilar atentamente ante el temor de una sorpresa. Luego, ¡qué lentitud desesperante! Los materiales, el agua, las municiones, los víveres, había que traerlos en largas caravanas desde enormes distancias. Concluido uno de estos castilletes, armado y pertrechado, se hacían á su lado, de medio en medio kilómetro, fortines más ligeros y de menos capacidad. Así se trazó la primera línea de invasión frente al desierto, que sirvió luego de retaguardia y de depósito para trazar una segunda línea de fuertes y fortines un kilómetro más adelante, y así sucesivamente hasta llegar á los primeros oasis.

Iban quedando las tribus prisioneras é inermes en esta red; pero la fuerza militar no domaba al océano de arena, no vencía al simún, no hacía surgir del suelo ni caer del cielo una gota de agua.

De noche, los seis hombres que dormían en cada fortín, se veían asediados por ocultos enemigos, amenazados por las fieras, y muchas veces, el bramido del *sirocco*, levantando montañas de arena, les espantaba de tal modo, que eran frecuentes los casos de enloquecimiento y los suicidios.

Para domar este desierto—mirad en un mapa

su extensión enorme—, la Naturaleza nos enseña el camino. Pero, ¡qué obra de siglos! Hay que cubrir el océano de arena con una capa de tierra vegetal; tal dijérase que hay que desmontar el Himalaya piedrecilla á piedrecilla. Y Francia había emprendido esta labor. Se habían estudiado los oasis actuales y la procedencia de sus aguas, y se los cuidaba científicamente y se los hacía más extensos. Dondequiera que se podía se taladraba la tierra y se abría un pozo abisinio ó una fuente artesiana; donde fluía el agua se sembraban retamales y otras plantas desérticas que sujetan la arena, y á su amparo se hacían plantaciones de palmeras. Así había ya varios oasis artificiales, y de este modo, la ruta de las caravanas era más fácil y aumentaba el tráfico, y los indígenas comenzaban á apreciar las ventajas de la obra civilizadora... Y esto se ha interrumpido; mejor dicho, se ha roto.

Ahora, cuando la guerra acabe, no Francia sólo, sino todas las naciones, necesitarán su dinero y sus hombres para reconstruir su vida interior... ¡Y sobre las montañas de arena del Sahara seguirá bramando el simún, cuyo rugido siniestro enloquece á los europeos!

MÍNIMO ESPAÑOL



Edificaciones de defensa construidas por los soldados franceses en el desierto de Sahara

ESPAÑA PINTORESCA ☾ CASTELLFULLIT



CAMARA-FOTO

Antiguo puente romano de Castellfullit, llamado de "las Cabretas", y una de cuyas arcadas fué totalmente destruída por los franceses en 1808

CASTELLFULLIT de la Roca es una de las poblaciones más pintorescas de la provincia de Gerona. Aparte las bellezas del paisaje, que ofrece al visitante la contemplación de encantadoras perspectivas, tiene restos de monumentos y recuerdos históricos de mucho valor. El aspecto de la población es, en algunas partes, sumamente curioso, por la original arquitectura de sus edificaciones, remembranza de tiempos ya lejanos. En las afueras quedan aún los últimos restos del castillo y las ruinas de las viejas fortalezas que sirvieron de defensa á la ciudad. El puente llamado de las Cabretas es un

testigo inválido que recuerda horrores y glorias de la invasión napoleónica. Las tropas del gran Emperador intentaron volar el puente y destruyeron una de sus arcadas, quedando en pie otra que se conserva actualmente como una verdadera reliquia. Poco antes de entrar en la población, se encuentra otro puente de antigüedad venerable y original construcción. Forma tres ángulos, y la angostura de su paso dificulta la circulación de carruajes, por lo cual, de trecho en trecho, han sido abiertas casetas donde puedan situarse los vehículos cuando dos de éstos se encuentran sobre el puente en opuesta dirección.

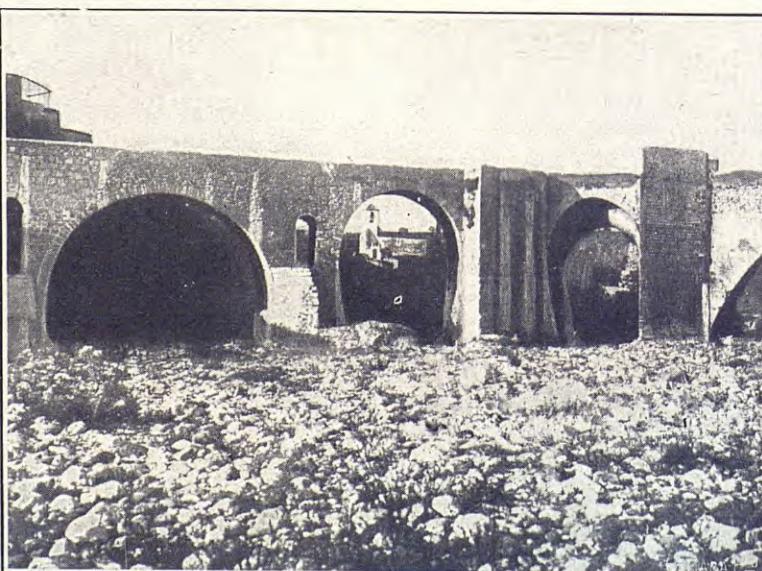
Castellfullit de la Roca es famosa en la historia de España, por el sangriento combate que en sus alrededores libraron las tropas carlistas y las fuerzas del Gobierno que mandaba el general Nouvillas. La población catalana, como tantos otros pueblos españoles, presenció la lucha de hermanos contra hermanos, encendidos y apasionados por distinto ideal, y se ensangrentó en días de estéril heroísmo para la Patria. El capitán Temprado, que mandaba las tropas liberales encerradas en Castellfullit, hizo una abnegada defensa, y sucumbió heroicamente cuando llegó el momento de la rendición.



CAMARA-FOTO

Una típica calle de Castellfullit de la Roca

FOTS. FERRER



Otro puente romano en las proximidades de Castellfullit

GRACIAS MODERNAS

LAS SAMARITANAS



El viejo Clemenceau se ha vestido la túnica del moralista, y en artículo, implacable como un anatema, pide que se destierre de París «á las profesionales de la Alegría».

«París tiene derecho—añade—al decoro de su desgracia. Cuando las calles están llenas de hombres mutilados y de mujeres dolorosas, las risas de esa tropa frívola y galante suenan como carcajadas en un hospital.»

Esta nueva homilia del «viejo tigre» ha prendido en la trémula conciencia pública como las llamas en el rastrojo. De todas partes salen voces de austeridad y exhortaciones á la penitencia. Como cuando Savonarola predicaba como un nuevo Isaías, en los días concupiscentes de los «tiepidi» y los «piagnoni», Clemenceau, desde el púlpito laico de «L'Homme enchainé», flagela el sensualismo parisíense, repitiendo con el terrible florentino: «¡Desgraciados! ¿Qué hacéis? ¿Cómo vivís, desde que amanece hasta que anochecer, ofendiendo á Dios? ¿Qué será de ti, ¡oh!, Patria? Por tu escándalo y liviandad te borrarán del rango de las naciones. Pueblos hambrientos, como leones, llegan hacia á ti, y la mortandad será tan grande que los sepultureros irán gritando por las calles:—¿Dónde hay muertos? ¿Dónde hay más muertos?

Y ellas, como los pájaros que presienten la tempestad, se agrupan en bandadas asustadizas, replegándose desde el bulevar suntuoso á los humildes barrios obreros.

Esta cruzada de honestidad agresiva las persigue día y noche con tenacidad y sin descanso. Ya no pueden, á la hora del mediodía, desfilar desde la Plaza de la Opera hasta el Boulevard

Poissonniere, en procesión de coquetería y de gentileza. Ya no pueden, tampoco, formar grupos de Gracias insinuantes delante de la Opera ó de Varietés, ni bajar á las cuevas del Olimpia, entre los extranjeros, atónitos. Ya, cuando alguna vez se arriesgan á asomarse á los lujosos restaurantes de Paillard ó del Americano, ó á los mesócratas del Príncipe ó de Mazarino, siempre encuentran al viejo camarero hostil ó al joven policía austero...

¡Pobres samaritanas perseguidas! Ellas fueron, según la nueva ley social, colocadas junto á la fuente del Jacob gallo, en la Sichar del fausto, de Claudina y de la marquesa de Babeuf, para apagar la sed de todos los sedientos. Ellas han paseado sus cántaras concupiscentes por todos los senderos del vicio y de la alegría, esperando al Mesías de la paz. Ellas contaban con que su misión sería discernida por el antiguo y exaltado criterio galante, no por el nuevo y áspero del anatema y la persecución.

«A dónde ir? ¿Qué hacer? La guerra multiplica las muchedumbres de sedientos. Cada día, trenes de heridos y de mutilados descargan en París sus cargas siniestras. En la ciudad de las Sonrisas todo es silencioso, hasta el llanto. En la ciudad de la Galantería, todo es pecado, hasta el adorno. En la ciudad sedienta, la fuente de Jacob está cercada por la Policía. Y las samaritanas de corsé recto, ojos pintados y zapatos Luis XV, no pueden asistir evangélicamente á los «cansados del camino».

El «viejo tigre», al promover esta cruzada «contra las hadas del placer y de la alegría», parece ignorar tú olvidar el sentido social de la

parábola. Cuando, según San Juan (capítulo IV), «Jesús, cansado del camino, se sentó á la fuente», vino una mujer de Samaria á sacar agua, y le dijo el Maestro:

—«Dame de beber.»

Y la mujer samaritana le dice: —«Cómo tú, siendo judío, me pides de beber á mí, que soy samaritana, puesto que los judíos no se tratan con los samaritanos?»

Respondió Jesús y la dijo: —«Si conocieses el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú te pedirías de beber, y él te daría agua viva.»

La mujer le dice: —«Señor, no tienes con qué sacar el agua, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, me darías «agua viva?»

Respondió Jesús y la dijo: —«Cualquiera que bebiere de esta agua volverá á tener sed. Mas el que bebiere de mi agua, ese no tendrá sed por los siglos. Antes, el agua que yo doy será en él una fuente de vida eterna.»

Y todavía, cuando Jesús anuncia «que es llegada la hora», dícele la samaritana:

—«Sé que es llegada la hora en que el Mesías ha de venir. Cuando El venga, nos aclarará todas las cosas.»

—«Ha llegado la hora del advenimiento de la Paz? Pues cuando la Paz venga, el viejo tigre, ilustre patriarca, «nos aclarará todas las cosas». Entretanto, anotemos el estupor de esas samaritanas del bulevar, ayer entronizadas por la Locura y hoy perseguidas y expatriadas por el Dolor, vestido de profeta.

CRISTÓBAL DE CASTRO
DIBUJO DE ECHEA



ELEGÍA EN PROSA HOJAS SECAS

Y a finaron del todo las galas del Estío, y el Otoño ha entrado con los honores y prerrogativas que Natura le concede.

Los jardines han perdido sus flores, el ambiente su aroma, la tierra va tornando su verdor intenso, y una suave melancolía lo invade todo.

Los árboles van quedándose desnudos. Donde habrá poco hubo jugosas ramas y verdes hojas, ahora queda un recuerdo de la muerte, porque los troncos y las ramas semejan huesos descarnados que roe la podredumbre.

No dijérase sino que este tiempo por que vamos es espejo clarísimo en que se nos muestra, para que nunca lo olvidemos, en lo que acaban pompas, vanidades, odios y pasiones, toda la ornamentación espiritual de que se viste el alma humana.

Cada hoja amarillenta que cae al pie de un árbol y el viento trae y lleva á todo su talante y antojo, tiene para mí la suave nostalgia del recuerdo lejano de una deleitosa realidad que me hizo feliz unas horas, quizá unos momentos tan sólo. Quiero recordarlo con más fuerza; las tomo, y al alzarlas del suelo hácense pedazos y se las lleva el aire.

Muchas veces he cogido entre mis dedos uno de estos breves despojos de Natura, y los he contemplado con aquella inefable melancolía que *Hamlet* contemplara la calavera de *Yorick* el comediante.

Recordé que fué verdor y lozanía, gala de un árbol, belleza de un jardín, promesa en Primavera, triunfo en el Estío, y en tristecióme mucho ver cómo ahora en el Otoño es vileza y poquedad, preámbulo de la *Nada*. Que así venimos á ser las humanas criaturas, pues á la postre no somos más de frutos y escorias de la Tierra. Aquí viene, como anillo al dedo, aquel maravilloso soneto que el peregrino ingenio de D. Pedro Calderón cincelara á unas flores, y es pasaje que se dice en su famosa comedia intitulada *El príncipe constante*:

«Estas que fueron pompa y alegría,
despertando al albor de la mañana,
á la tarde serán lástimavana
durmiente en brazos de la noche fría.

Este matiz que al cielo desafía,
iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la vida humana.
¡Tanto se emprende en término de un día!

A florecer las rosas madrugaron,
y para envejecerse florecieron...
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.

¡Tales los hombres sus fortunas vieron,
que en un día nacieron y expiraron,
y pasados los siglos horas fueron...!»

Estas hojas marchitas, secas, que el aire resquebraja y desmenuza, tengo para mí que llevan cada una un alma hacia lo infinito, y cuando en las frías noches de Otoño (que tan bien remedian las crudas de Invierno) las arranca el aire, antojaseme que gimen y lloran, como desterrados de la vida por fuerza.

Unas veces semejan almas humildes y contritas que rezan medrosas, llenas de fe, buscando en la plegaria el perdón de sus culpas; otras, cuando rugen, cruelmente combatidas por el helado cierzo, pienso que se resisten á desprenderse de la carne recia y viril. Y en la mañana plácida, meidas por la brisa tenue, niños que se duermen sonriendo.

Hojas secas, despojos breves de Natura, qué deleitosa melancolía y qué amable tristeza ponéis en los corazones. Sois ilusiones que se pierden, amores que se acaban, ideas que se desvanecen, flores que se marchitan...

DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJO DE RAMÍREZ

LA ESFERA

EL TEATRO CLÁSICO



Catalina Bárcena y Ricardo de la Vega en el primer acto de "La adultera penitente", comedia de Moreto, arreglada por D. Gregorio Martínez Sierra, con ilustraciones musicales del maestro Turina, y estrenada en el Teatro de Eslava, de esta corte FOT. KAULAK



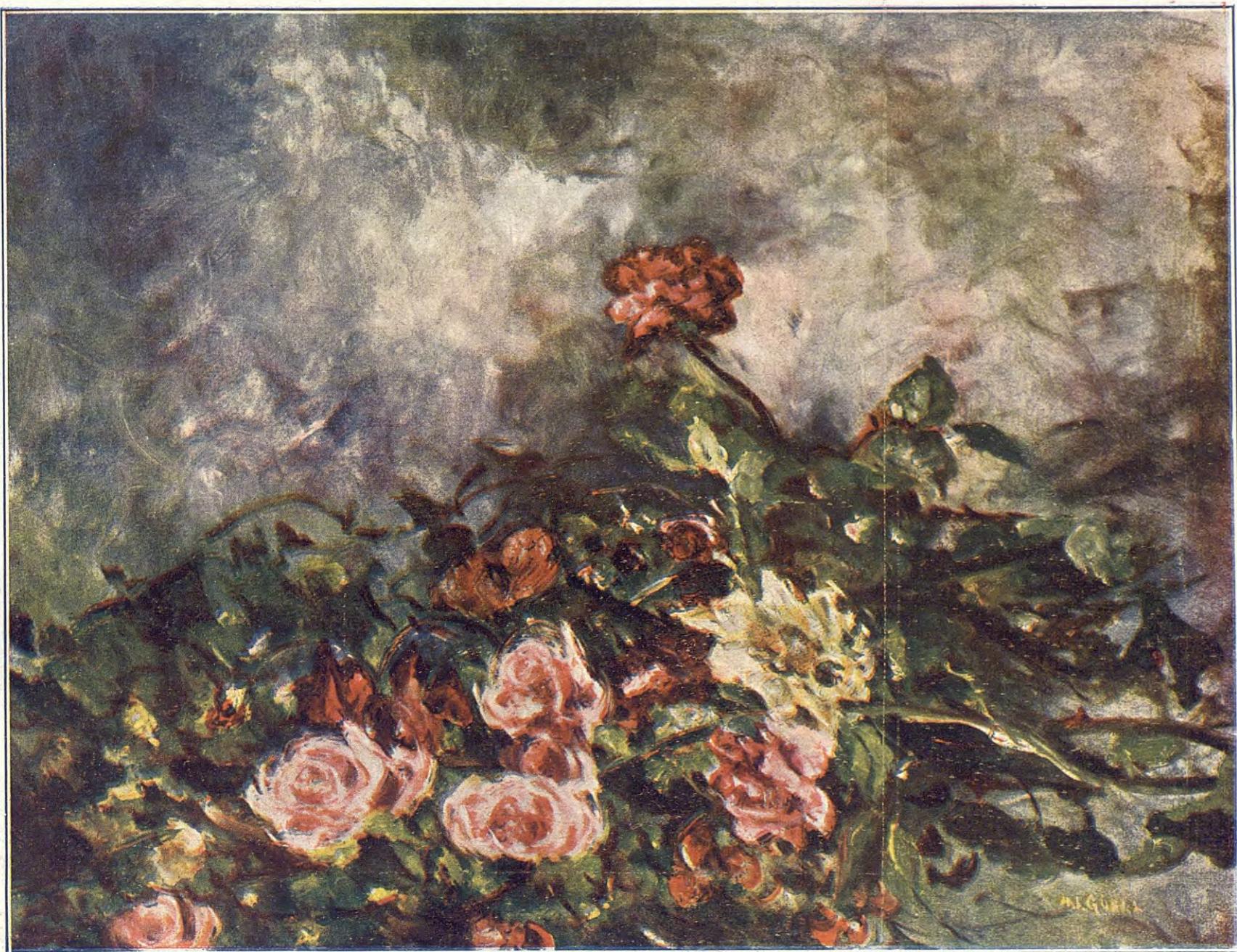
EL SUEÑO DE LEONARDO

Entre fragantes ondas
y rumores lejanos,
bajo el sol de Florencia
paseaba Leonardo.
Mansamente corría como cinta de plata,
prisionero en la hondura de sus cauces, el Arno,
lamiendo silencioso con sus labios de espuma
las venerables piedras de los puentes de mármol.
En el azul pomposo
la luz era un milagro
de encendidos colores

de púrpura y de ópalo,
y en los frondosos huertos de Flésole reían
con risa hecha perfume los rosales lozanos.
El artista soñaba...
Soñaba con el dulce resplandor enigmático
de unos ojos azules
de silenciosa y quieta serenidad de lago;
soñaba con la blanca sonrisa misteriosa
de unos sangrientos labios,
con la dulce cricida de unas manos de seda,
con los flotantes rizos de unos cabellos áureos...

Soñaba... Y los pinceles
del divino Leonardo
pintaron como un sueño de luz á Mona Lisa,
la de las blancas manos,
la de fragante boca,
la del cuello de nardo,
la de los rizos de oro,
la de los ojos claros.

José MONTERO
DIBUJO DE OCHOA



"Rosas", cuadro de la señorita M. L. Güell

ROMANTICISMO

CABA la tarde cuando llegaron á un bosque de pinos. A la izquierda se oía el rumoroso mar. Había en torno de ellos una gran quietud y un ancho silencio.

Iban transcurridos tres días sin saber nada de las tropas. El *Caudillo de las Rosas* no tenía ya á su alrededor más de veinte hombres famélicos con las ropas desgarradas, las carnes curtidas y vencido en las pupilas el homicida ardor de los días anteriores. Las provisiones se habían acabado y era preciso entrar en la ciudad para, de grado ó por fuerza, conseguir alguna comida.

—¿Será esta noche, Guillermo?

El caudillo se miró el pecho; en él, mustias; se deshocaban las rosas agrestes, cogidas la noche anterior al borde de un sendero.

—Necesariamente esta noche.

Tendidos en el suelo arenoso y cálido, los rebeldes guardaron silencio. Como un barco desmantelado y sin ruta, bogaba sobre sus almas el recuerdo.

Pero contemplaban sus manos, manchadas de sangre invisible. Pocos, muy pocos, de ellos fueron á la lucha, atraídos por el ideal; los más, les empujó la voz de sirena de los oradores ó la fuerza sanguinaria de sus instintos.

Serenamente se obscurecía el bosque. Ya el cielo se incendiaba para dulcificarse después con opalinas ternuras. Entonces una voz ronca empezó á cantar el romance tosco de un poeta anónimo:

Por montes y por caminos,
con tres rosas sobre el pecho,
viene Guillermo el caudillo.
Son tres rosas de misterio
que alejan al enemigo;
blancas y frescas las rosas
le libran de ser herido.
Son tres rosas de amuleto
y tres rosas de martirio.
¿De qué mano de mujer
las recibiera el caudillo?

Lento, como una serpiente, reptaba el romance en la paz vespertina. Los hombres se adormecían al sotilego de la voz ronca.

Guillermo hundió la cabeza entre las manos. No sentía halagada su vanidad por la canción que meses antes cantaran diez mil hombres y que ahora sólo la escuchan diez y nueve, hambrientos, cansados, con los ojos febriles y las fauces secas de sed. Sentía la nostalgia de una mujer que nadie conocía y que en una tarde inolvidable le dió las tres rosas.

ooo

La casa surgía silenciosa de entre las frondas—negra de noche—del jardín. Una verja, no muy alta, cercaba la posesión.

Ellos se consultaron en voz baja. Luego, silenciosos, felinos, treparon por la verja. El césped de los macizos amortiguó el ruido de las caídas. Ya dentro del jardín volvieron á consultar. Iban uno detrás de otro, arrimados á los árboles.

A los pocos pasos Guillermo, que marchaba el primero, se detuvo conteniendo un grito de alegría. Ante él surgía, embalsamando la noche, aclarando la oscuridad, un rosal florido. Guillermo arrancó tres rosas y se las prendió en el pecho, en el sitio donde estaban las tres mustias y deshojadas.

Detrás de él, sus hombres aguardaban.

Anduvieron un poco y Guillermo volvió á detenerse. Estaban frente á la casa. Delante de la puerta avanzaba la doble escalinata de mármol. En una de las ventanas del piso bajo había luz encendida. Guillermo mandó esperar á su gente, y arrastrándose por el suelo, con el fusil en una mano y el revólver en la otra, avanzó hasta la ventana iluminada.

Se incorporó y miró hacia dentro. Era un cuadro plácido y familiar. Un hombre joven estaba sentado entre dos niños y les entretenía haciendo construcciones con esos trozos de piedra colorada de

las cajas de rompecabezas arquitectónicos. En el fondo de la habitación una mujer rubia, sentada de espaldas á la ventana, tocaba el piano.

Fué tan intensa la emoción de Guillermo, que la mano que sosténía el revólver tropezó en el cristal. La mujer rubia miró hacia el jardín, cubierto de noche. Pero ya Guillermo volvía arrastrándose hasta donde le esperaban sus compañeros. Todos le rodearon.

—¿Qué? ¿Qué? Vamos adentro?

—No. ¡Atrás! Al que no me obedezca le mato.

Hubo gruñidos, protestas sordas. Alguien intentó discutir.

—Olvidas que tenemos hambre, Guillermo.

—No importa. Esta casa es sagrada para nosotros.

Y todos, dudando por primera vez de su caudillo, salieron del jardín, saltaron la verja, volvieron al bosque de pinos con hambre, con sed y con odio.

ooo

A la mañana siguiente hubo el encuentro definitivo. Vibró todo el bosque con las detonaciones y los gritos. Sobre las copas verdes de los pinos se divisó la humareda de los disparos. La tropa quedó victoriosa. Murieron quince rebeldes, apresaron á los restantes. Guillermo fué de los primeros en caer herido.

Y horas después un oficial llamaba en la casa feliz y entregó á la mujer rubia tres rosas blancas, que la sangre había oscurecido.

—Las recibí de manos del cabecilla, señora. Poco antes de morir me las entregó con este papel, rogiéndome que se las trajera á usted.

Ella cogió las flores ensangrentadas y leyó lo que había escrito el moribundo:

«Recibí de sus manos tres rosas blancas y le devuelvo tres rosas rojas. Ruegue á Dios por mi alma.»

José FRANCÉS

De cómo besé la mano á una princesa española

DEL Corso Vittorio Emmanuele, que es calle de las más principales de Roma, alegremente siempre, y á todas horas llena de gente, fui por la Plaza Campo dei Fiore, donde es fama que fué quemado por hereje Giordano Bruno, á la de Farnesio, una tarde hermosa de otoño. Seguí por la Vía Monserrato, que toma su nombre de la iglesia española que allí, en una de sus esquinas, se levanta, y cuando llegaba á ella, y que entraba al templo, bulliciosa y alegremente, un numeroso grupo de personas, formado más de señoritas que de caballeros.

Supuse que sería alguna peregrinación de tantas como se ven en la Ciudad Eterna; y llevado de mi curiosidad de contemplar caras femeninas, me acerqué á la puerta, y quedé gratamente sorprendido al notar que las damas iban gentilmente tocadas con mantillas negras; y ya más cerca del grupo, un vuelco me dió el corazón al oír que hablaban en castellano. Tantos días pasaron sin que oyera tal idioma, que las palabras en el pronunciadas, me impresionaron profundamente y me causaron vivísima alegría; tanta, que no me fué dado ocultarla, y sin ningún reparo me acerqué á aquellas gentes, y con ellas trábí conversación en seguida. Hasta que en tierra española oí hablar en castellano, no pude darme cuenta cabal de lo sonoro, de lo armonioso, de lo intensamente querido de este idioma, que es dichosamente el mío, y en el que aprendí á hablar á mis padres y á rezar á la Virgen.

Eran, ciertamente, peregrinos españoles que iban de Madrid y de Sevilla, de Barcelona y de Valencia. Gustosos también de encontrar allí, en Roma, á alguien con quien hablar en español, me acogieron amablemente en su compañía, y á los pocos momentos, merced á la deliciosa franqueza española, los peregrinos y yo éramos muy buenos amigos. Como la compañía y la amistad de las hembras son para mí muy gratas, intimé prontamente con tres damas que me fueron más simpáticas, madrileña una de ellas, y las otras sevillanas, de carácter jovial, decididas, y, además, muy bonitas y graciosas, cualidades todas por las que á la vera suya pasé muy lindamente la tarde, sin acordarme ya del paseo que había proyectado á los bellos jardines del Monte Pincio.

Al día siguiente habían de ir á visitar al Papa, y aunque días atrás había yo tenido la dicha infensa de verle en la Capilla Sixtina, de mis amores acepté la invitación que me hicieron mis amigas de acompañarlas en su visita al Vaticano, para lo cual tendrían que valerse de no sé qué triquiñuelas, pues estaba prohibido que formaran parte de la peregrinación los que con ella no hubiesen salido de España. Mujeres al fin, se dieron maña para ello, y antes de salir de la iglesia, ya tenía en mi poder el distintivo con qué habían de ser admitidas en la recepción del Papa los peregrinos, y que era un broche con las insignias de la Merced, que guardo en memoria de aquellos inolvidables días.

Poco después de nosotros, entró al templo una señora rubia, de porte distinguido y modales aristocráticos, y pasó por entre nosotros, arrancando á su paso exclamaciones de simpatía, á las que correspondió afable y noblemente. La reconocí en seguida. Era la infanta Doña Paz, á la que vi por primera vez en Madrid en ocasión memorabilísima, cuando, con su bella hermana Doña Eulalia, iba al Congreso en una de las carrozas de Palacio, el día de la coronación del valeroso y esforzado Rey Don Alfonso XIII.

De los señorones que la acompañaban, uno de ellos era, según apuntaba graciosamente la madrileña, el embajador de España, el cual deseaba conducir, por un camino especial, á la augusta princesa á la tribuna que para ella dis-

por las calles de Roma, charlamos de España y de cosas españolas; y ya de noche, me despedí cariñosamente de mis nuevas amigas, á la puerta del albergue en que moraban. Me pareció que había pasado unas horas en España, horas placenteras, dichosas, gratísimas.

Muy de mañana fui al otro día en busca de los peregrinos, y todos, en alegre compañía, marchamos camino del Vaticano. El llevar algunos días en Roma y haber estado varias veces en el palacio del Papa, y la labia que Dios me dió para tratar con mujeres bonitas, sirviéronme á maravilla para guiar á mis simpáticas amigas por las calles romanas y entreteneras con regocijada charla, explicándoles todo lo más donosamente que pude, lo que yo sabía de aquello que veíamos. Contéles, además, la poética leyenda de la Virgen India de Guadalupe, que se apareció en el Tepeyac á un misero labrador, en lo que, por ser algo beatuca, recibieron grande placer.

Finalmente, llegamos al famosísimo puente de Sant'Angelo, y en él pasamos largo rato admirando con embeleso el espléndido panorama que desde allí, á nubes frías ojos, se ofrecía. Al fondo se alzaba, arrogante y soberbia, la grandiosa cúpula de San Pedro; á la derecha mano, el castillo de Sant'Angelo, en cuya alta cima extiende sus abiertas alas un ángel de bronce dorado, y abajo, el Tíber, el río venerable, corría, mansa y tranquilamente, á nuestros pies.

Breve tiempo nos detuvimos en la Piazza Rusticucci, donde mercamos medallas y rosarios para que los bendijera el Papa y sirvieran á los romeros como recuerdo de su inefable visita al Santo Pontífice. Entramos después á la Columnata, que se halla á la izquierda de la Plaza de San Pedro, y al final de la galería donde comienza la Scala Regia, nos encontramos en el Vaticano.

Por entre las filas de suizos, que tan gallardamente guardan las puertas del palacio, y cuyos raros y vistosos trajes miraron con asombro y curiosidad mis amigas, subimos aquellas venerandas escaleras, por las que, durante siglos, han pasado tantas majestades y grandeszas de la tierra.

Bien pronto llenamos el extenso y hermoso salón en que nos había de recibir el Papa. Intensa emoción nos dominaba á todos. Llegó el momento solemne, tanto tiempo esperado: oímos á lo lejos aclamaciones; se abrió una puerta, y por ella apareció, precedido de su corte, el Papa León XIII, á quien conducían en una silla dos de sus servidores. Gritos y vivas resonaron en el aire, y todos caímos de rodillas. El Padre Santo avanzó lentamente, con majestad divina, bendiciéndonos su mano temblorosa, en la que brillaba enorme y finísima esmeralda, hasta llegar al trono, que se levantaba en medio de la amplia sala. Y sentóse Su Santidad, y á su izquierda, tomó igualmente asiento la princesa Doña Paz, y con ella sus hijos.

Presentóle el cardenal Casañas, obispo de Barcelona, los dones que le llevaban los peregrinos, y agradeciéndolos el buen Pastor, se puso de pie, y con palabras llenas de dulzura, se dirigió á la española grey, diciéndonos cuánto amaba su corazón á España, á los españoles y á la familia de su ahijado, el Rey Don Alfonso. Débil era su voz, débil y cansada; pero puso en su acento inflexiones tales de amor y de bondad, que allá, dentro de nuestros pechos, sonaba ciertamente á gloria. Blanca como el arniño era su vestidura; blanca, blanquísima, su noble y veneranda faz; blancas las manos, que, elevándolas al cielo en ademán de imponer misericordia, las hizo luego descender hacia nosotros, y nos dió, en nombre del Dios á quien representaba en la tierra, su santa bendición. Quedamos mis amigas y yo enfrente del trono, y así pudimos contemplar muy de cerca las facciones del santo an-



EL PAPA LEÓN XIII

pusieron en el altar; pero fué más grato á la noble señora pasar cerca de los españoles que, por suerte, se encontró en su viaje por Roma.

Rezó uno de los obispos el Rosario, que también rezamos todos, cantaron la letanía, y, finalmente, mientras tocaban en el coro la Marcha Real, nos dió el cardenal Vives la bendición, que recibimos, unos con lágrimas en los ojos, y todos con muy profunda y sincera emoción.

Salimos de la iglesia, y paseando alegremente

S. A. R. LA INFANTA DOÑA PAZ
FOTS. KAULAK

ciano, y sus ojos, que al recuerdo de su paternal y amorosa solicitud hacia los españoles (*hispanibus* fué la palabra con que los nombró) tenían singular brillo y expresión.

Fué tal su bondad, que quiso acercarse á todos nosotros y permitir que besáramos su mano. Volvió otra vez á su silla, y le llevaron á lo largo de la sala. Desbordóse el entusiasmo, rompióse la etiqueta, y todos, hincadas sumisamente las rodillas, esperamos con vivísimo contento, con ansiedad muy grande, el paso de Su Santidad. «Es Dios que baja del cielo hasta nosotros», me dijo, no sé si una de mis amigas ó una voz que salía del fondo de mi corazón; voló mi pensamiento del otro lado de los mares, hacia los seres queridos de mi alma; y con emoción que no he de saber explicar jamás, vi al Padre Santo muy cerca, enfrente de mí. Bien recuerdo ese momento: mis labios besaron la blanca mano de León XIII, que me acarició la cara bendiciéndome amorosamente, y quedaron grabadas en mi alma las palabras de consuelo, de esperanza, de ternura que me dijo.

Siguió su marcha por entre el confuso tropel de fieles que se afanaban por acercarse al Santo Pastor, que, sonriente, placentero y quizás encantado de aquel desorden causado por el anhelo de mostrarle todos, á una vez, su amor, iba bendiciendo á sus hijos en Jesucristo. A poco, por la misma puerta por la que había entrado, vimos desaparecer aquella venerable figura que respi-

raba paz, ternura, santidad, y dejaba en nuestros corazones impresión inolvidable, eterna...

Como en los grandes momentos de la vida, así los que son venturosos como los que son tristes, sentimos la necesidad de volver el pensamiento y el alma á aquello que más queremos, todos nosotros, al perder de vista al Padre de la cristiandad, dirigimos los ojos hacia la augusta princesa, que allí quedaba abrazada á sus hijos, con los ojos arrasados en lágrimas y con la dicha retratada en el noble semblante.

Nos pareció que en aquel punto y hora ella simbolizaba á España, y á ella, muy cariñosamente, nos acercamos. Algunos gritaron, acaso yo el primero: «¡Viva la infanta Doña Paz!», grito que se repitió de boca en boca con calor, con entusiasmo. Rodeamos á la infanta, que, orgullosa de la expresiva demostración, sonreía á los que con tanto afecto la vitoreaban. Frente á la infanta española, que en tal sitio, muy lejos de la tierra española tan amada, la representaba por su alta categoría, habló en mí el entusiasmo por España, el amor de toda mi vida hacia ella; y algo que reflejaba mis sentimientos, le dije conmovido. Oyóme la princesa placentera, y me tendió con llaneza su mano, que besé rendidamente con besos de amor, de respeto, de veneración...

Detrás de mí, otros y otras llegaron con igual anhelo, con el mismo afán de alcanzar la grande honra de besar la mano de la infanta Doña Paz. La princesa sonreía plácidamente á los suyos, á

los de su raza, á los de su idioma, á los de su fe... Han corrido ya algunos años. Cuantas veces leo los libros de Doña Paz de Borbón, que ocupan muy preferente sitio en mi modesta librería, pienso que es labor admirable de caridad, de amor, de patriotismo la que realiza esta insigne señora, que, á cambio de los versos que escribe, poniendo en ellos toda la poesía y la bondad de su alma española, pide «una limosna por Dios» para llevar pan y ropa y salud á los pobres, á los desamparados, á los enfermos; y pienso que tienen sus escritos una virtud, la que más estimo en aquellos que al noble ejercicio de las letras se dedican, cual es la de sembrar en ellos el amor á España, mostrando sus glorias, sus maravillas y sus encantos, y propagando en todas partes el culto á la Patria, que nunca olvida la infanta en su lejana ciudad bávara. Un soplo de españolismo pasa por las hojas de sus libros todos; que no hay nada que de su pluma salga que no sea para ensalzar á España, cómo no sea en alabanza de lo que su fe cristiana adora.

Siempre, al leer sus páginas, vienen á mi memoria, llenándome de orgullo el alma, los besos que aquel día, que no olvidaré nunca, dí con amor, con respeto, con veneración, en la mano generosa de la española princesa Doña Paz de Borbón, honra de la mujer hispana y prez de la hermosa tierra en que nació...

PEDRO MARROQUÍN

UN ARBOL MILENARIO



Arbol denominado "Dracena Draco", que mide cuatro metros de diámetro á la altura de un metro del suelo, y 15 de elevación, existente en Icod (Tenerife)

Perteneciente á la flora africana esta especie, tiende á desaparecer, y apenas si quedan reducidos número de ejemplares en dicho continente y en estas islas, de los cuales, el más hermoso, bien formado y añoso es éste, cuya edad, según cálculo de distintos naturalistas, no es inferior á *dos mil años*. El Ayuntamiento de la culta e interesante villa de Icod (Tenerife), dando una prueba más de esta cultura, acaba de adquirir, haciendo con ello un verdadero sacrificio, dado su exhausto erario municipal, la huerta en que este milenario se halla enclavado, ofreciéndolo al Estado para que quede bajo su salvaguardia, y solicitando que, en correspondencia al sacrificio que dicha Corporación se impuso, se le construya un parque *ad hoc*, exclusivamente de especies indígenas, como atracción del turismo para aquella isla.

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



*Avanzadas
de la Moda*

(1) Además del ya iniciado cambio del talle bajo, veremos con gran alegría aparecer las sobrefaldas amplias, colocadas sobre estrechas faldas, que prestan mucha gracia á los movimientos.

Ahí tenéis el tercer modelo. Es de gabardina azul marino. Sobre una falda estrecha lleva una sobrefalda con canesú liso, del cual salen los vuelos, bien sea en forma de frunces ó de tablitas. El canesú es de jersey de seda color mostaza, con bordados azules.

Muy de vestir es el del centro; se compone de traje entero y de un manto de raso negro. El traje es muy sencillo, y lleva como único adorno un pechero, que desciende hasta media falda, de raso color marfil. Gran manto adornado con piel de Chinchilla ó Kolinsky.

El otro es un abrigo de terciopelo de lana color pan tostado, y está adornado con paño y pespunte fresa.

También los peinados están sujetos á la influencia de la moda. Pero que impere el moño alto ó bajo, la frente descubierta ó disimulada bajo unos «bandeaux» á lo Cleo, siempre estaremos bien si tenemos la precaución de usar constantemente las creaciones «FLORES DEL CAMPO», pues un cutis impecable puede hacer un rostro irresistible, aunque no sea de facciones perfectas.

Dos estilos de peinados os he dibujado: el primero, con sus patillas cortadas y rizadas, y el segundo, con esos graciosos bucles que salen debajo de un gran pasador de concha, con los cuales, bellas clientes de la PERFUMERÍA FLORALIA, estaréis seductoras.

Sobre todo si el peinado y el vestido sirven de complemento á las creaciones «FLORES DEL CAMPO», fuente esencial de belleza.

MAR DE MUN



(1) Para preservar el cutis de los rigores del frío y evitar las asperezas e irritaciones, usad el delicioso Jabón **FLORES DEL CAMPO**